

EDITORIAL

SIGNIFICADO DE LAS ELECCIONES EN COLOMBIA

En un clima de paz y mutuo respeto se verificaron en Colombia las elecciones presidenciales el 21 del pasado mes de abril, elecciones que han dado un innegable triunfo al candidato del Partido Liberal Alfonso López Michelsen.

Sobre 4.592.985 de votantes obtuvo éste ... 2.535.374 de sufragios, superando en más de millón y medio al candidato conservador Alvaro Gómez Hurtado que obtuvo solamente 1.467.845 votos. María Eugenia Rojas Pinilla, que se presentaba por la ANAPO, alcanzó 450.143 sufragios. Los otros dos candidatos apenas pesaron en el cómputo final: a Fernando Echeverri Mejía de la Unión Nacional Opositora le votaron 123.459 adherentes y a Hermes Duarte, de la Democracia Cristiana, 5.703.

En las Corporaciones Legislativas, el Liberalismo se aseguró 67 de las 111 curules del Senado y 106 de los 188 escaños de la Cámara de Representantes (57.85% del conjunto de las dos).

El Partido Conservador quedó como segunda fuerza parlamentaria con 35 senadores y 63 representantes (32.77%), en tanto que la Alianza Nacional logró 7 bancas en el Senado y 15 en la Cámara.

Por otra parte, será la primera vez que una coalición de tendencia marxista tenga representación en el Congreso. En efecto, la UNO, formada por el Partido Comunista Colombiano, el Movimiento Obrero Independiente (MOIR) y el Movimiento Amplio Colombiano (MAC), tendrá dos senadores y tres representantes a la Cámara en la legislatura que se iniciará el 20 de Julio próximo.

Esta mayoría liberal en ambas cámaras facilitará mucho la labor legislativa del Gobierno de López Michelsen, el cual tomará posesión el 7 de Agosto próximo, por un período de cuatro años.

En todo caso, y según disposición constitucional que continua en vigor, la fuerza conservadora habrá de participar en el Gobierno, una vez vencida cierta resistencia dentro de dicho Partido a admitir ninguna clase de colaboración.

¿Cuáles son los puntos principales del programa de López Michelsen?

Su empeño en derribar las viejas orientaciones del Partido Liberal y adaptar su credo a las circunstancias actuales del mundo, data ya del año 1960.

Durante su campaña electorera presentó al país como puntal de su programa la que él llamó "política de ingresos y salarios" y la "lucha contra la carestía y la inflación galopante".

No se ven con suficiente nitidez, con todo, cuales sean los caminos que va a tomar para alcanzar estos fines. Supone López Michelsen que se puede llegar a un "sistema de economía concertada", dentro del cual, patronos, trabajadores y Gobierno, se comprometan a sujetarse a determinados niveles de precios, salarios, tarifas e impuestos. Aspira asimismo a unificar las diferentes centrales obreras del país en una única confederación sindical.

El mismo defecto de ambigüedad de lineamientos acusa su plan de "apertura de nuevas fuentes de trabajo", mediante leyes que reglamenten la reinversión forzosa de los ingresos por parte de los propietarios de los medios de producción a partir de determinados niveles.

En cuanto a la ayuda del exterior y para conseguir, sobre todo, avances en la tecnología contemporánea, su tesis es que los capitales transnacionales deben ser recibidos en el país, pero mediante una reglamentación "estable y clara" de sus operaciones y la incorporación del capital nacional en proporción directa a la inversión extranjera.

Es lógico que López Michelsen no coincida con la tesis "desarrollista" del derrotado candidato conservador, el cual cree que el modo de producción más eficaz es el de favorecer la iniciativa y propiedad privada, las cuales deben cumplir una función social frente al totalitarismo y la anarquía. A esta tesis, que se basa en el supuesto de que el auge de las clases ricas llevará por sí sólo a un auge en los ingresos del obrero, opone López Michelsen su "política de ingresos y salarios" como capaz de producir el desarrollo social al mismo tiempo que el desarrollo económico. En el fondo se trata del eterno recurso a aplicar emplastos al cuerpo social para curar un mal crónico que requiere a todas luces los remedios radicales de una cirugía de urgencia. Porque una decisión en serio de aplicar la reforma agraria (no olvidemos que Colombia es un país eminentemente agrícola), decisión que siempre se

hace figurar en el programa —al menos en el programa— de todo Partido que se tenga por abierto al progresismo, apenas se vislumbra en el de López Michelsen. Poco significa, en efecto, que nos diga que espera hacerla más efectiva y beneficiosa mediante la separación de ciertas funciones que hoy se concentran en el “Instituto Colombiano de Reforma Agraria” (INCORA), dejando a éste la cuestión del reparto de tierras y entregando la solución de los problemas técnicos a un nuevo “Instituto de Recursos Hidráulicos”.

Dentro del campo liberal, el ex-Presidente Lleras Restrepo había formulado este punto mucho más vigorosamente. Pero la repulsa que experimentó por parte de las asustadas huestes liberales, temerosas de su mayor radicalismo reformista, acaso pudo influir en la formulación de López Michelsen.

Otros puntos de su programa de gobierno los constituyen:

a.—Matrimonio civil y divorcio para el matrimonio civil, en desarrollo de la reforma concordataria que acaba de pactarse entre el Gobierno Colombiano y la Santa Sede.

b.—Igualdad para el culto entre todas las denominaciones religiosas, y sobre todo en materia tributaria.

c.—Fortalecimiento de la Autonomía Universitaria, como principio a la solución de los problemas estudiantiles.

El hecho parece ser que esta postura, que muchos de sus partidarios calificaron de “confusa, incoherente y hasta contradictoria”, con su ambigüedad en puntos fundamentales ha llevado a cabo el milagro de arrastrar tras sí a las clases medias, sin perder por ello los votos de los liberales más acomodados económicamente.

¿A qué se debe el retroceso de la UNO y de la ANAPO?

A pesar de abarcar la UNO un amplio sector de izquierdas, constituido por el Movimiento Obrero Independiente (MOIR) de inspiración Maoísta, el Movimiento Amplio Colombiano (MAC) formado por disidentes de la ANAPO y el Partido Comunista tradicional (que sigue la línea de Moscú), su contingente en la pasada votación ha sido bien escaso y prueba que el pueblo colombiano no se deja seducir fácilmente por los espejismos de grandes ventajas que reflejaban las promesas de este

Programa. Es probable que una buena parte de sus seguidores haya votado por el candidato liberal.

Mayor sorpresa ha causado el desinfe casi integral de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) que capitaneaba María Eugenia Rojas de Moreno (la hija del famoso dictador General Gustavo Rojas Pinilla) y a la que se auguraba incluso una substancial mejora en estas elecciones. Su programa de "socialismo a la colombiana", mezcla no muy coherente de populismo y nacionalismo, ha tenido que desagradar a los afiliados a ella procedentes del conservadurismo, lo mismo que la novedad —a la que no está acostumbrado el pueblo colombiano— de presentar a una mujer para ocupar la magistratura suprema del país.

Finalmente, no debe extrañar el pequeño número de sufragios que recogió Hermes Duarte, candidato de la Democracia Cristiana, si se tiene en cuenta que se apoyaba tan sólo en un grupo minoritario del antiguo Partido, el cual había acordado disolverse en 1973.

Se ha culpado al extinguido Frente Nacional —y al parecer con razón— el no haberse esforzado por remediar las actuales diferencias y desigualdades sociales, tarea que queda íntegra a López Michelsen y que será la piedra de toque para comprobar su sinceridad efectiva. ¿Tiene razón nuestro colaborador de Colombia el cual escribía ("E-CA" Mar-Abr. 74) que "a corto plazo nada parece indicar un cambio fundamental en nuestra vida política, que seguirá caracterizándose por los mismos vicios de siempre"? Ojalá no sea así.

Los tradicionales Partidos colombianos vuelven de nuevo a la palestra política tan vigorosos como lo estaban antes del período del Frente Nacional. Vuelven, incluso, en mejores condiciones que antes, ya que parece terminada definitivamente la sangrienta actitud de hace unos años, cuando los liberales pensaban que la liquidación del oponente conservador era un complemento necesario de la lucha ideológica y los conservadores opinaban lo mismo respecto a sus contrincantes liberales.

Hora es, pues, ya de que unos y otros vuelvan sus ojos a la verdadera "víctima" de estas luchas, al pueblo bajo, sumido en la miseria y olvidado cruelmente tanto de unos como de otros.

De no hacerlo —y pronto— "hará falta un viaje fundamental, un cambio de fondo, que cree las condiciones de igualdad social y económica que sean la base de una democracia real", como afirma uno de nuestros informantes.

LA IGLESIA EN AMERICA LATINA, LA NUEVA IGLESIA DEL SILENCIO?

Durante los tiempos de la guerra fría se habló de la Iglesia Católica en los países comunistas como la Iglesia del Silencio. Aquella Iglesia había sido acallada, perseguida, expoliada y sólo tenía un martirologio diario para seguir dando testimonio de Cristo entre los hombres. Sus obispos fueron maltratados y encarcelados, los sacerdotes deportados, los fieles perseguidos de mil maneras, la predicación de la Palabra de Dios coartada... La prensa internacional, sobre todo la del lado occidental, definió aquella Iglesia con el epígrafe: "La Iglesia del Silencio".

Hace tiempo que en los periódicos no se habla de la "Iglesia del Silencio". La coexistencia pacífica ha afectado también a la Iglesia en los países socialistas y esta Iglesia, por su parte, ha sabido adaptarse a las nuevas circunstancias, que no le son enteramente negativas. En esos países la Iglesia sobrevive con serias limitaciones, pero, habiendo renunciado, de grado o por la fuerza, a situaciones de privilegio, es todavía una Iglesia activa y con voz. Podría dar la impresión que aquella etapa de la Historia de la Iglesia Contemporánea estaba definitivamente superada.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte la Iglesia en América Latina ha ido encontrándose poco a poco en una situación de auténtica persecución. Algunos obispos han sido injuriados y molestados en el desempeño de su misión, sacerdotes y fieles, por el hecho de ser cristianos militantes, han muerto o han, simplemente, desaparecido, han sido secuestrados, encarcelados, torturados. En lo que a sacerdotes se refiere, cerca de nosotros el P. Gallagos en Panamá y dos secretarios de Helder Camera en Brasil, por ejemplo. Sacerdotes norteamericanos han sido expulsados de Bolivia y Guatemala, sacerdotes españoles de Colombia y otros países, sacerdotes secuestrados y luego encontrados en Paraguay, manifestaciones y tomas de iglesias en Nicaragua,...

Paradójicamente la Iglesia del Silencio ya no está exclusivamente en los países comunistas, cuyos gobernantes se declaran formalmente ateos; sino que —y esto amerita una reflexión serena y profunda— se silencia a la Iglesia en países donde sus gobernantes se confiesan formalmente católicos, donde se recibe y se trasmite el poder político con Te Deums y misas de acción de gracias y donde la Iglesia, como Institución, juega todavía un importante papel social.

¿Por qué se ha llegado en países católicos a una nueva Iglesia del Silencio? Sencillamente porque en estos países de América Latina las mayorías viven sumidas en la miseria y la opresión y sus gobernantes, confesionalmente católicos, mantienen situaciones objetivas contrarias a los Derechos Humanos. La Iglesia ha podido hablar, mientras las grandes mayorías eran drogadas con la predicación de un dios, que toleraba impasible la injusticia y la opresión en “este valle de lágrimas”, para premiar a los “mansos y pacíficos” en la otra vida. Pero, al predicar un Dios que aborrece la injusticia y la opresión, la Iglesia se ha vuelto subversiva y sus gritos insoportables.

Desde los días de Concilio Vaticano II el Papa, los obispos, los superiores generales de órdenes religiosas han publicado documento tras documento, explicando e impulsando la nueva actitud de la Iglesia, fruto del Espíritu que la guía, sentando las bases doctrinales de esta redescubierta dimensión del Mensaje Cristiano, para convencer a todos los católicos y personas de buena voluntad y llevarles a la conversión.

Pero esta palabra renovadora ha caído en mentes cerradas y corazones endurecidos por la pasión del poder político y económico. Estos poderes quisieran que el Mensaje Evangélico fuera un mensaje exclusivamente para el Cielo y que en la tierra no produjera más que conformismo y resignación; por eso no pueden tolerar “un sacerdote que defienda y haga promoción de los Derechos Humanos”, como decía Pablo VI a las Naciones Unidas hace unos meses. Ellos entienden el Evangelio como un elemento esencial de la “cultura occidental”, pacificador y “civilizador”, como lo entendieron los conquistadores, cuando en realidad es un mensaje salvador y liberador en esta única y presente historia del hombre, como lo entendieron Bartolomé de las Casas y José Simeón Cañas. Los católicos de Te Deum y misas de campaña anteponen el viejo estilo de predicar el Evangelio, caduco y desautorizado, pero mucho más manejable e integrable en sus estrategias, al estilo que el Espíritu de Cristo dicta hoy en la Iglesia

y tratan de acallar este Espíritu, tan incómodo e inquietante, silenciando a la Iglesia. ¡Vano intento!

La Iglesia silenciada en América Latina es una Iglesia que, fiel a Cristo, trata de ser voz de los que no tienen voz, grito de quienes no pueden gritar de pura opresión, denuncia de los atemorizados a muerte. . . La palabra de la Iglesia es la última esperanza de los que sufren bajo los poderes de este mundo. Y ahora se trata de ahogar esta última esperanza, persiguiendo, cuando se juzga necesario, a Cristo en sus representantes, a Cristo en los que sufren hambre y sed por la justicia, a ese mismo Cristo y a ese mismo Dios que se toma vanamente en los labios para desearse y procurarse más riquezas y más poder en este mundo.

Estos fenómenos nuevos, que cada vez se presentan con más frecuencia y más intensidad, nos preocupan profundamente como cristianos y como ciudadanos, porque no compartimos la dualidad de muchos gobernantes de América Latina. Es una lástima que los gobernantes de los Te Deums y las comuniones masivas obligatorias no entiendan que, mientras sean gobernantes de cristianos mal pagados y hambrientos, mientras dirijan sistemas de justicia fraudulentos, mientras permitan sistemas económicos explotadores, mientras no respeten la voluntad política del pueblo, no son auténticamente cristianos, no siguen las inspiraciones del Espíritu de Dios, vivo en la Iglesia, y que, aunque les duela, la comunidad eclesial, el Pueblo de Dios, tiene derecho a imputárselo, a denunciarles y llamarlos a la conversión.

Esperamos sinceramente que esta etapa de Iglesia del Silencio, por la que parece haber entrado la Iglesia de América Latina, sea momentánea y transitoria y que muy pronto, en uno de esos Te Deums, nuestros gobernantes sean iluminados por la Verdad del Evangelio y dejen de perseguir a sus hermanos, como Pablo en el camino de Damasco.

De todas formas, las persecuciones de cristianos, desde Nerón hasta Stalin, nunca han dado los resultados pretendidos, entre otras cosas, porque, como decía un Padre de la Iglesia: "La sangre de mártires es semilla de cristianos".